

TODO ESTÁ ESCRITO Y TODO ESTÁ POR ESCRIBIRSE

VICTOR FLORES OLEA

En sus múltiples fundaciones, la historia podría comenzar con la aparición del libro. O para decirlo con la fórmula feliz y precisa de Mallarmé: "el mundo existe para llegar a un libro". Ahí empezó todo: la vida y el canto del hombre, sus raíces y la fuente de sus sueños. En el libro está, sobre todo, nuestro lenguaje, la clave del conocimiento y la comunicación. El libro es por ello un puente de fraternidad, un puente construido con los mejores materiales que ha producido la mente humana, capaces de perdurar tanto como la propia memoria de la especie.

El libro habla de nosotros y, aunque parezca imposible, puede detener el tiempo o trascenderlo, convertirse en una ventana hacia el porvenir. El libro nos comunica con otros hombres, tal como en el caso de México las manos indígenas dibujaron su vida en los códices precolombinos. Con ello, nos relevaron la clave de nuestro propio futuro, los signos de una cultura que es conciencia y testimonio.

En la genealogía de nuestras tradiciones, el libro cubre uno de los mayores y más importantes capítulos. Desde la imaginación y el riguroso inventario de escribas y tlacuilos fue surgiendo, en efecto, el mundo: América y sus selvas, los mitos y la magia, las primeras noticias de la existencia de animales y plantas. Nacen las cosas y nace el imperativo de nombrarlas. Todo un continente emerge desde la fantasía y vuelve a la fantasía, la fábula es lo cotidiano, la ciencia retorna al origen natural del que provino. Había que poner todo en el libro: hombres y dioses, culturas y hechos, imágenes y profecías. Había que hacer un universo a la medida humana. Los códices y los primeros libros desempeñaron un papel central en el conocimiento de nuestras primeras sociedades. Recordar esto aquí y ahora no es gratuito: ese instrumento de la comunicación inicial entre las naciones americanas, aunque parezca paradójico, no ha consumado aún su propio

ciclo histórico ni alcanzado todavía su sentido de mayor profundidad.

NECESIDAD DEL DESARROLLO

El diálogo, el flujo cruzado de las ideas y de la creación artística y espiritual en América Latina corresponden a una necesidad del desarrollo. No se trata del cultivo prescindible de las buenas costumbres sino de un verdadero impulso para preservar la identidad de nuestros pueblos, para afirmarla en su tiempo y proyectarla hacia un horizonte de efectiva viabilidad.

Es una ironía mayúscula que siendo el libro la base de nuestras referencias originales, los latinoamericanos todavía nos resistimos a sacar nuestras creaciones o la búsqueda estética del reducto de las tertulias y de los círculos limitados. Esa clase de aislamiento no sólo ha producido un rezago en el desarrollo tecnológico, la investigación científica o la capacidad productiva sino, lo que es aún peor, nos ha conducido a una suerte de desconocimiento de nosotros mismos.

En este juego de pesos y contrapesos, sin embargo, la cultura ha sido la base de una tendencia impostergable hacia la unidad de América Latina y el Caribe, que hoy aparece, sin duda



Palabras pronunciadas por el autor, destacado intelectual mexicano, actual presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de su país, al inaugurar el Congreso de Editores durante la IV Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en Guadalajara, estado de Jalisco, México; noviembre de 1990.

alguna, como la gran tarea de nuestros pueblos.

IMPULSO DE TRANSICIÓN

No se nos oculta que las naciones de la región viven un hondo proceso de transformaciones y que, en ese impulso de transición, la integración cultural empieza a convertirse en un imperativo de voluntad política y moral. En este esfuerzo, el libro es también un instrumento de recuperación de la memoria, un oficio de salvación de la cultura, el puente de fraternidad que enlaza, como una sangre invisible, a nuestros pueblos.

En América Latina hay sobrada conciencia de todo esto: la inteligencia, la sensibilidad y el genio de los pueblos han borrado fronteras geográficas y han aparecido como fundamento de una sola cultura. Nuestras naciones han constituido una sólida identificación a través de la letra impresa. Y no podía ser de otra manera, porque entre nosotros se hace realidad, cada día y en cada país, la conversación multiplicada de tradiciones, lenguas y visión del mundo que es la base misma de nuestro ser social.

La "idea americana", como llamaba Alfonso Reyes a esta poderosa tendencia a la unidad espiritual de nuestros pueblos, es cada vez más vigente. Resulta difícil encontrar pensamientos discordantes frente al proceso integrador, del mismo modo que hoy nadie pone en duda el valor de la suma de esfuerzos en un mundo incierto y contradictorio.

SIN EXCESOS METAFÓRICOS

Al amparo de un creciente estímulo de concertación, nuestra región vive también la hora de la unidad cultural con un sentido de mayor realismo, sin excesos metafóricos. se trata de un proceso articulado, sostenido en compromisos que permiten avanzar en forma concreta y previsible hacia el establecimiento de una auténtica comunidad de naciones. Ciertamente, esta unión no intenta esconder las diferencias bajo el manto de una forzada e imposible homogeneidad. La región se caracteriza por la profusión de mundos y por una sensibilidad

diversa y heteróclita. Partimos de raíces comunes para superar la debilidad individual no para edificar culturas monolíticas que nos hagan aún más vulnerables.

La integración regional pasa, necesariamente, por la unidad cultural. Por ello los ministros de cultura de América Latina y el Caribe se reunieron en México, a invitación del gobierno de la República, entre el 20 y el 22 de septiembre último. Al término de sus trabajos y discusiones, suscribieron un importante conjunto de acuerdos que permite abrigar fundadas expectativas de integración. Al establecer un sistema ligado de compromisos no sólo se decidió promover medidas concretas en ámbitos específicos de cooperación. También se consolidó un esquema de consulta y concertación que habrá de convertirse en el punto de arranque de la acción conjunta y de la adopción de políticas coincidentes.

La firma de la Carta de México sobre la Unidad e Integración Cultural Latinoamericana y Caribeña representa un paso de excepcional importancia para la organización, ordenamiento y ejecución de nuestras actividades y prioridades. Subrayó, entre otras, la concertación de medidas en el campo de la libre circulación de bienes y servicios culturales, el establecimiento de circuitos culturales y casas de la cultura latinoamericana y caribeña, el desarrollo de industrias culturales a escala regional, la preservación del patrimonio natural, histórico y cultural.

PIEDRA ANGULAR

La creación de un mercado común en el ámbito de la cultura constituye la piedra angular de la unidad. Sobre ella habrá de levantarse el esfuerzo coordinador en materias específicas como el auspicio de la libre circulación del libro. Esta es una necesidad que debe atenderse sin más retraso. Así lo reconocieron los gobiernos de la región al urgir la aplicación de las medidas acordadas por la Asociación Latinoamericana de Integración y de las recomendaciones emanadas de la Primera Reunión de Expertos sobre el Mercado Común del Libro Latinoamericano en el sentido de suprimir aranceles y barreras no arancelarias al comercio

de libros. Al respecto, se destacó la conveniencia de otorgar un trato preferencial a los autores y al transporte



de impresos en la región así como el compromiso de recomendar hacia el interior de los gobiernos las modifica-

ciones correspondientes en los ordenamientos jurídicos de cada país.

Por supuesto, estos acuerdos implican un complejo universo de detalles cuyo pormenor debe ser resuelto no sólo mediante criterios técnicos sino eminentemente políticos. Y ello es así porque está en juego el proyecto de nuestra cultura. El libro configura, de hecho, la dimensión material de la creación, su otra realidad. Imposible separarlo de su entorno social, de su vínculo de honda complicidad con los pueblos.

Aquí entramos, por cierto, en el punto central de la cultura contemporánea y, por ende, del futuro de nuestro proyecto regional. Me refiero al fenómeno de la lectura en un mundo en transición o, si se prefiere, en una realidad definida por la incertidumbre. Si bien es obvio que semejante cuestión difícilmente admite respuestas unívocas, deseo formular una serie de conjeturas que podrían coadyuvar a ubicar el problema más que a apuntar soluciones.

COMBINACIÓN DE ESFUERZOS

En primer término, habría que evitar la recurrencia de los círculos perversos de asociar la debilidad del mercado editorial al subdesarrollo y viceversa. En las condiciones actuales de América Latina es inaceptable que el diálogo entre los creadores y sus lectores pueda interrumpirse por la inclusión de un elemento intermedio que, en buena lógica, tendría que ser ajeno al proceso de creación espiritual. La justa combinación de esfuerzos públicos y privados ha de ser el factor de equilibrio que asegure la comunicación que entraña el libro.

Una región en la que han estado escribiendo, simultáneamente, Jorge Luis Borges o Gabriel García Márquez, Julio Cortázar o Juan Rulfo, Alejo Carpentier o Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti o Joao Guimaraes Rosa, Octavio Paz o Miguel Angel Asturias, por mencionar apenas a unos cuantos, debe considerarse una patria espiritual privilegiada por la excelencia. Siempre la relación de los autores latinoamericanos será inabarcable por la memoria inmediata. Creadores de semejante dimensión dan para cubrir

el mercado editorial más complejo y exigente, en cualquier tiempo y lugar. Sin embargo, en nuestro continente el genio literario surgido de la sociedad no cuenta con los medios idóneos para volver a ella y ser el espejo de su afirmación, de sus sentimientos y de sus identidades. Sin duda, la concertación de los gobiernos en esta materia habrá de marcar senderos imaginativos para que los autores de América puedan ser leídos en su propia tierra y por sus contemporáneos.

Una tercera inquietud se suscita al reconocer, desde el otro lado de la lectura, que la inmensa mayoría de la población latinoamericana vive alejada del libro no sólo desde el punto de vista propiamente cultural sino formativo. Este elemento es causa de preocupación porque, en realidad, en él se esboza el dilema más dramático del desarrollo. El crecimiento económico, los procesos políticos y la consolidación de la sociedad constituyen, con el afianzamiento cultural, un todo indisoluble, un conjunto que sólo se explica en el sano equilibrio de las partes.

POSICIÓN DE PRIVILEGIO

Desde la ubicación de nuestro tiempo tenemos todas las ventajas de la observación y la experiencia. Casi al concluir el milenio podemos ver el mundo y recibir, en esta posición de privilegio, el mensaje de quienes pensaron y escribieron para nosotros, de aquellos que nos inventaron como lectores y como destinatarios de su legado.

Todo está escrito y todo está por escribirse. En América Latina se ha producido, además, el raro y espléndido milagro de la síntesis. Lo propio y lo universal, los tiempos modernos y los arcaicos en obligada convivencia, la excelencia artística y el rezago social. Hora de suma, hora de unidad cultural para hacer frente al lenguaje confuso de la dispersión. En este proceso de articulación, el libro es factor dinámico e indispensable. Por ello, será indispensable inyectarle recursos, imaginación y apoyo para que hable por los pueblos de nuestra región, para que transmita ideas y obras, para que en él renazcan, como en el origen de los tiempos, las fuerzas de la vida y el mundo vuelva a brotar de las prensas, con olor a tinta fresca. ☞

